

El desafío violeta. Un camino de libertad

Gemma del Olmo Campillo¹

Recibido: Junio 2018 / Revisado: Diciembre 2018 / Aceptado: Abril 2019

Resumen. El debate sobre la relación entre feminismo y lesbianismo estuvo muy presente en los años 70 del siglo XX. Las posturas giraban en torno a la importancia del lesbianismo como instrumento político para el feminismo. Por un lado, se afirmaba su relevancia en el movimiento de mujeres y, por otro, se consideraba al lesbianismo una práctica exclusivamente privada, carente de capacidad para la transformación social que propone el feminismo. Esta polémica pervive hasta la actualidad poniendo en evidencia las dificultades para aceptar la pluralidad del sujeto feminista. El problema no son las diferencias constatables sino la forma en que son tratadas, como ya indicó con acierto Audre Lorde. Es el miedo a la ruptura lo que impulsa a reivindicar una unidad en la que inevitablemente las singularidades quedan asfixiadas, pero lo que debilita al feminismo no son las diferencias sino los ejercicios de incomprensión y exclusión hacia ellas. En este trabajo se defiende que el reconocimiento y la afirmación de las especificidades de las mujeres en su pluralidad es fundamental para el feminismo que tiene como meta la libertad.

Palabras clave: lesbianismo, feminismo, sexualidad, unidad, diferencias, libertad.

[en] The violet challenge. A path to freedom

Abstract. The debate centered on the relationship between feminism and lesbianism was very prevalent in the 1970's. The main positions revolved around the importance of lesbianism as a political instrument for feminism. On the one hand its relevance in the women's movement was affirmed while, on the other, lesbianism was considered an exclusively private practice, lacking the capacity to impact the social transformation proposed by feminism. This controversy survives to the present, highlighting the difficulties in accepting the plurality of the feminist subject. The problem is not the verifiable differences but the way in which they are treated, as Audre Lorde rightly pointed out. It is the fear of rupture that drives some to claim a unity in which, inevitably, the exceptions are eliminated, but what weakens feminism are not the differences but the incomprehension and exclusion of them. This work defends the idea that the recognition and affirmation of the specificities of women in their plurality is fundamental for a feminism whose goal is freedom.

Keywords: lesbianism, feminism, sexuality, unity, differences, freedom.

Sumario. 1. Introducción. 2. Anne Koedt y Radicalesbians. 3. Lesbianismo y feminismos. Algunos debates actuales. 4. Rupturas. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Del Olmo Campillo, G. (2019). El desafío violeta. Un camino de libertad, en *Investigaciones feministas* 10.1, 45-59.

¹ Universidad de Zaragoza.
gdelolmo@unizar.es

1. Introducción

La sexualidad ha estado muy presente en las reflexiones feministas de las distintas épocas, no es algo característico únicamente de los siglos XIX, XX y XXI, pero sin duda es en estos siglos donde ha alcanzado más relevancia (Vance, 1989, 10). En concreto, el periodo de finales de los años 60 y principios de los 70 del siglo XX es conocido precisamente por la importancia que la sexualidad adquiere en los análisis feministas, y en este ambiente surgen también distintas reflexiones sobre el lesbianismo. Dichas reflexiones van desde el absoluto rechazo del lesbianismo por considerarlo una peligrosa amenaza para el movimiento feminista hasta su reivindicación como una opción política que consigue transformar profundamente la estructura social, pasando por perspectivas más moderadas que no lo consideran una opción transformadora pero sí una opción posible que no representa ningún peligro para el feminismo sino que más bien constituye una muestra de la diversidad de la sexualidad femenina.

El presente texto se va a centrar sobre todo en las dos últimas opciones, esto es, en las posturas que no contemplan al lesbianismo como una amenaza, ajustando, de esta forma, el debate del lesbianismo en el feminismo dentro de los límites de si se trata de una posición política o no ya que, en mi opinión, es el debate que tiene mayor interés. Es decir, no me centraré en afirmaciones como las de Betty Friedan que denuncian al lesbianismo y lo consideran un señuelo que distrae de lo verdaderamente importante (“red herring”), porque divide y utiliza al movimiento feminista en beneficio propio (Friedan, 1976, 159), y por ello lo declaran un peligro, una “amenaza violeta”², que atenta contra la sororidad de las mujeres y menoscaba su capacidad de transformación. Me ocuparé sobre todo del papel del lesbianismo en el feminismo teniendo en cuenta los análisis de autoras que no lo consideran un peligro, o que al menos no es planteado como tal en sus textos.

Mi pretensión, por tanto, no es mostrar todas las posibles reflexiones sobre la relación entre el lesbianismo y el feminismo, sino poner en evidencia la polémica que se inició a finales de los años 60 y principios de los 70 del siglo XX, para a continuación ofrecer algunos ejemplos actuales que muestren la vigencia del debate, con sus variaciones, claro está. Me fijaré sobre todo en feminismos que parecen alejados de la controversia para mostrar que no lo están tanto y que sus reflexiones actuales estaban ya, al menos en parte, en los puntos de vista defendidos en aquella época. Se intenta subrayar que se trata de un debate aún presente en algunos aspectos, y que son de diversa índole las dificultades existentes para aceptar la pluralidad del sujeto feminista. Los puntos de vista sobre el lesbianismo y el feminismo en los que me voy a centrar quedan explicitados en dos importantes escritos de esos primeros años, me refiero al de “Lesbianism and Feminism” de Anne Koedt y al manifiesto “La mujer identificada con mujeres” del grupo Radicalesbians. Ambos textos, además, coincidieron en que fueron publicados en un mismo número y revista de 1971: *Notes from the Third Year: Women's Liberation*. Esta revista, en su tercer año, recogió los documentos que circularon en el movimiento feminista durante 1970, en muchos casos en forma de octavillas, y en ella aparecieron ambos artículos uno a continuación del otro, quizá para mostrar la existencia del debate y las argumentaciones de las dos posturas.

² Ver N.T. de la traducción castellana del manifiesto del grupo Radicalesbians, p. 78.

2. Anne Koedt y Radicalesbians

Anne Koedt era ya conocida en el feminismo por haber escrito una primera versión en 1968 del artículo “El mito del orgasmo vaginal” (en *Notes from the First Year*) y poco después una segunda versión, más extensa, que se publicó en *Notes from the Second Year*. Ya era, por tanto, una autora relevante, y en sus textos la sexualidad de las mujeres tenía un papel central. En el artículo “Lesbianism and Feminism” expone las argumentaciones presentes en aquella época sobre la relación entre lesbianismo y feminismo, y señala también su propia reflexión sobre dicha asociación.

Koedt (1971, 84) comienza el artículo aclarando que muchas feministas han sido llamadas lesbianas sin siquiera plantearse el lesbianismo porque se utiliza este término también a modo de insulto, y con la intención de advertir a las mujeres de que se estaban separando peligrosamente de lo que la sociedad aceptaba como femenino. Era un aviso del peligro de quedarse “solas” (es decir, solteras) por su excesiva autosuficiencia, inteligencia, asertividad, feminismo o por tener una buena relación con las amigas y, dadas las dificultades de las mujeres para conseguir una independencia económica, la amenaza del rechazo masculino y social era algo a tener en cuenta.

La manera de llegar al lesbianismo, por otra parte, continúa Koedt, es variada, y no siempre es a través del feminismo. Por ello, repara, las definiciones de lo que es el lesbianismo son también diversas, aunque la mayoría suele conllevar mucho más que la simple afirmación de que las lesbianas son mujeres que tienen relaciones sexuales con mujeres. Para muchas, esas relaciones incluyen una visión del mundo y de la vida distinta a la heterosexual, que implica a su vez otra manera de vivir e interpretar la realidad social. Y esta interpretación puede llevar a considerar el lesbianismo como un feminismo de vanguardia que consigue transgredir las normas y roles de una sociedad basada en las relaciones heterosexuales.

Koedt, sin embargo, no está de acuerdo con esta visión del lesbianismo. Para ella, lo fundamental es eliminar los roles sexuales, que en su opinión son la base sobre la que se asienta la opresión de las mujeres, y señala al feminismo radical (no al lesbianismo) como lo que de verdad tiene la capacidad de poner en cuestión la naturalización de los roles sexuales. Es decir, la manera de transformar la sociedad, para esta autora, es acabar con los papeles asignados, son ellos los enemigos auténticos de la libertad de las mujeres. No hay nada específicamente masculino ni específicamente femenino, son construcciones sociales interesadas que permiten mantener la situación de desigualdad entre hombres y mujeres. Así, los hombres no son el problema ni el enemigo, el conflicto está únicamente con aquellos que asumen el papel social de superioridad respecto a las mujeres.

El lesbianismo no supone, en principio, una crítica a esos roles sociales porque hay lesbianas que caen en los papeles de imitación. Además, la idea de destruir completamente el sistema de roles sexuales surge para liberar a todas las mujeres, ya sean heterosexuales, homosexuales, bisexuales, o de cualquier otra opción. En realidad, para Koedt, promover la homosexualidad es prestar apoyo político al hecho de que importe el sexo de la persona con la que se tienen relaciones sexuales, y si la idea es que este dé igual, es un apoyo contraproducente. Como también lo es crear una identidad basada en un estilo de vida que gire en torno al hecho de la homosexualidad.

Su propuesta es volver irrelevante el sexo de la persona o personas con las que se tengan relaciones sexuales. Se pasaría primero por una fase bisexual para después conseguir que la bisexualidad también sea irrelevante. De este modo, Koedt se mues-

tra explícitamente contraria a la propuesta del grupo Radicalesbians, plasmada en el manifiesto “La mujer identificada con mujeres”, porque las integrantes de este grupo se identifican como lesbianas, mujeres que tienen relaciones sexuales con mujeres, y en su opinión eso debería ser algo insignificante. Desde su punto de vista supone un error, el de confundir la biología con la política: la mujer biológica con la mujer política (Koedt, 1971, 88). Por este motivo, no está en absoluto de acuerdo con la famosa frase atribuida a Ti-Grace Atkinson: “El feminismo es la teoría; el lesbianismo es la práctica” (Koedt, 1971, 84). Establecer que para acabar con el sexismo y el patriarcado es necesario que las feministas sean lesbianas es, para ella, un uso indebido de la frase “lo personal es político” (Koedt, 1971, 88). Si bien, en cierta medida, acepta que hay alguna implicación política en el lesbianismo, encuentra que esta es muy limitada y en modo alguno suficiente para llevar a cabo la transformación social necesaria para acabar con los roles sociales; además, considera que no es prerrogativa de las lesbianas decidir la forma en la que se debe realizar el cambio social. Es, pues, muy crítica con quienes afirman que la lesbiana feminista es el principal sujeto revolucionario. En su opinión, insisto de nuevo, lo relevante es acabar con los roles sexuales, porque es la forma en la que se puede transformar la sociedad radicalmente, en su conjunto, para que todo el mundo pueda vivir libremente, sin tener que cumplir expectativas sociales y por ello sufrir coacciones o violencias.

Muy diferente de esta propuesta de Koedt es la que ofrece el conocido manifiesto de Radicalesbians (1971), donde se afirma que las lesbianas están en conflicto permanente con la sociedad y, por tanto, con las personas que las rodean y forman parte de su vida cotidiana. Lo que empezó siendo una opción personal se convierte en algo político y transformador debido a su deseo de llevar a cabo formas de vida distintas a las aceptadas socialmente. No es, desde luego, algo fácil de sobrellevar, ya que suele provocar sentimientos de culpa por no estar a la altura de lo esperado y por saber que se interpretará como un modo de defraudar y avergonzar a las familias. De alguna forma, las lesbianas se sienten atrapadas entre la vida que quieren llevar y las normas sociales en las que han sido educadas que generan expectativas sobre lo que deben hacer, por lo que están siempre en conflicto: con ellas mismas, con la sociedad, con la cultura y con otras mujeres. Aprenden pronto lo que significa la soledad.

De esta manera, para este grupo, el lesbianismo, por sí mismo, pone en cuestión los estereotipos, comportamientos esperados y roles que deben cumplir los hombres y las mujeres, lo que a su vez conlleva una crítica a la división dual de la sociedad que hasta ese momento parecía incuestionable. Las lesbianas muestran que las mujeres también son activas, inteligentes, autónomas y tienen relaciones sexuales con otras mujeres: no hay, por tanto, una razón biológica para esperar que las mujeres cumplan con los roles asignados socialmente, estos responden a un interés social evidente de mantener una situación de subordinación.

Las lesbianas, continúan afirmando, no se adaptan a lo que la sociedad espera de ellas, y por ello se encuentran con constantes dificultades y exclusiones, incluso por parte de las propias feministas, pues este manifiesto se escribió en respuesta al rechazo que las lesbianas sentían dentro del feminismo. Las continuas hostilidades que sufren hace que tengan que relacionarse de manera distinta y desarrollar formas de vida no previstas por la sociedad. Hay, pues, un modelo de vida diverso, afirma el grupo Radicalesbians, pero no sería como señala Koedt por tener relaciones sexuales con una persona del mismo sexo, sino por la exclusión social que ello conlleva; esta sería la clave. Sobre todo en las primeras páginas, este grupo subraya la importancia

del rechazo y las implicaciones psicológicas que tiene para las personas que lo experimentan constantemente, pues es evidente que se ven forzadas a una permanente re-generación y re-construcción que les permita crear una forma de existir y vivir en la que el lesbianismo no sea monstruoso. Una recomposición constante como respuesta a la continua crítica hacia la vida elegida y al rechazo, cuando no desprecio, de una identidad considerada peligrosa para una sociedad basada en las relaciones heterosexuales en las que los hombres tienen el control y el poder. Su alcance político estaría, por tanto, no meramente en tener relaciones sexuales con una persona del mismo sexo, sino en lo que ello conlleva, a saber, la desobediencia de una prohibición que salvaguarda la heterosexualidad como la única posibilidad legítima (y su estructura jerárquica) y la puesta en marcha de una forma de relación y convivencia distinta a la heterosexual.

En el lesbianismo no hay un hombre que detente el poder, por lo que, sin pretenderlo, o quizá sí, se atenta contra las bases mismas de la dominación de los hombres sobre las mujeres, a su vez asentada sobre la heterosexualidad. Por este motivo, precisamente, se pone en cuestión que las lesbianas sean verdaderas mujeres, si por mujeres se entiende las personas que cumplen con el requisito de estar al servicio de las necesidades de los hombres (Radicalesbians, 1971, 82), tanto en lo que se refiere a las relaciones sexuales como al trabajo doméstico, tener progenie, etc. Desde esta perspectiva, solo son mujeres las que aceptan cumplir el rol social establecido de estar al servicio del varón.

Hay, pues, una desidentificación de las lesbianas, lo que lleva consigo una cierta deshumanización, pues si no son mujeres ni, por supuesto, hombres, solo pueden ser desviaciones que hay que controlar y corregir, aberraciones y deformidades que tienen que evitarse en lo posible. Son un peligro para la sociedad tal y como está establecida, y para su perpetuación. Esta apreciación de ser una amenaza para el equilibrio social estaba muy presente en aquella época, incluso en los grupos feministas, y por eso muchas mujeres del movimiento se mostraron reticentes hacia las lesbianas, pues tenían miedo de ser consideradas como tales y sufrir el rechazo social que conllevaba. Algunas feministas muestran desprecio y rechazo hacia las lesbianas, que de esta forma se sienten injustamente tratadas también dentro del feminismo.

El lesbianismo se convierte así en un tema delicado y difícil de tratar. Para preservar la unidad de los grupos y no entrar en una confrontación entre mujeres heterosexuales y lesbianas, que suele dar lugar a rupturas, denuncia el grupo Radicalesbians, se evita la discusión y el conflicto, se obvia el debate por ser incómodo y complejo. Pero para ellas impedir el debate y eludirlo es una ocultación más que dificulta tanto el reconocimiento del papel que tienen y han tenido en el movimiento de mujeres, como hablar sobre el alcance político que puede tener retirar la energía emocional y sexual que se pone en los hombres. Ocultación y vergüenza es la respuesta de gran parte del movimiento feminista de aquella época ante las reivindicaciones de las feministas lesbianas.

Además, con ello también se imposibilita el debate sobre las consecuencias sociales y políticas de que las mujeres centren sus esfuerzos en sí mismas y en otras mujeres, así como el alcance que tiene el dejar de admirar lo masculino, de que ya no estén pendientes de las necesidades de los hombres y vivan una vida como personas con necesidades e intereses propios. Las energías del feminismo, sostienen, deberían dirigirse hacia la resignificación de lo que es ser una mujer dejando de lado su relación con los hombres, y para ello es preciso el mutuo reconocimiento, respeto

y apoyo de unas a otras. Esto conllevaría poner en cuestión la relación heterosexual así como abandonar la obstinación en hacer entender a los hombres que tienen que renunciar a sus privilegios y se conviertan en “nuevos hombres”. Dejando de buscar esos nuevos hombres se abriría la posibilidad de que surjan “nuevas mujeres” (Radicalesbians, 1971, 83), pues ya no se dependería de los hombres para realizar los cambios necesarios en la vida de las mujeres; tendrían que ser las mujeres quienes llevaran a cabo una revolución cultural en la que sea posible la convivencia de todo el mundo, eliminando también la imposición de roles e identidades coercitivas establecidas para el mantenimiento de un sistema que beneficia a las necesidades e intereses de los hombres.

3. Lesbianismo y feminismos. Algunos debates actuales

Las posturas sobre la nula o poca capacidad de transformación social del lesbianismo, o bien sobre su gran alcance político, como se puede apreciar en los textos anteriores, aparecen muy pronto y generan un debate aún vigente. Hoy, al igual que en los años 70 del siglo XX, hay quienes piensan que el lesbianismo es una alternativa lícita que no se debe marginar pero consideran que las expectativas puestas sobre este son excesivas, porque no creen que sea una práctica que consiga acabar con el privilegio de lo masculino ni con la misoginia social que obliga a las mujeres a cumplir con el papel de estar al servicio de las necesidades de los hombres y de la familia patriarcal. Pero también hay quien argumenta, desde otro punto de vista, que el lesbianismo es una práctica con capacidad para transformar de manera radical la sociedad, pues, como ya se ha mencionado, por un lado, permite vivir sin tener en cuenta las necesidades de los hombres y, por lo tanto, no estar a su servicio; y, por otro, establece una nueva forma de convivencia que, por sí misma, atenta contra la estructura social basada en la familia heterosexual a la cabeza de la cual está el patriarca.

Los argumentos aquí explicitados de Anne Koedt y del grupo Radicalesbians, desde distintos ámbitos y pensamientos, siguen defendiéndose, aunque los análisis hayan variado y se hayan incorporado otros aspectos que modifican las reflexiones realizadas en los años 60 y 70. Por ejemplo, algunos feminismos actuales subrayan que la opción sexual de cada cual es una cuestión privada, lo que a su vez indica que el lesbianismo, al ser un asunto privado, no puede afectar al sistema social y, desde luego, no tiene un alcance político más allá de la libertad sexual. Desde esta perspectiva, no tiene interés hablar del lesbianismo y, en efecto, los análisis que no lo consideran político apenas suelen hacerlo.

En este punto quisiera aclarar, como señaló también el grupo Radicalesbians (1971, 82), que en ocasiones no hablar del lesbianismo puede esconder cierta incomodidad, o incluso, desprecio hacia él o, también, miedo a que este pueda llevar a la fragmentación del movimiento feminista, dado que las lesbianas tienen vidas, intereses y necesidades distintas a las de las mujeres heterosexuales. O bien, por qué no, igual que en los años 70, puede indicar preocupación ante la posibilidad de ser llamadas lesbianas y perder así los privilegios derivados de la heterosexualidad. Es decir, aunque estos posicionamientos, al menos formalmente, suelen ser respetuosos con la homosexualidad, pueden ocultar algún tipo de malestar que no se expresa abiertamente. Sin embargo, sin perder de vista que esto puede ocurrir, quisiera re-

flexionar aquí ateniéndome más a lo que expresan sus textos explícitamente y no tanto a lo que omiten, y lo que ello supondría. En cualquier caso, insisto en la línea de que son feminismos que se centran en otros aspectos, y aunque rara vez hagan alguna alusión al lesbianismo, en ocasiones ocurre, como en el caso de Catharine A. MacKinnon y de Luisa Muraro.

Para MacKinnon (1995a, 135) las lesbianas son mujeres que, como tales, se ven afectadas por la subordinación social, de manera que, dentro del sistema patriarcal actual, siempre serán objetualizadas, como las demás mujeres. Incluso, pueden ser objetualizadas por otras mujeres, porque en el lesbianismo, afirma, puede haber cosificación de una mujer por otra mujer. El lesbianismo, desde este punto de vista, parece estar muy cerca de una relación heterosexual, aunque no haya hombres en dicha relación. MacKinnon no modifica su perspectiva de análisis ante aspectos diferenciales significativos que quizá deberían ser tenidos en cuenta, como muestra su afirmación de que gran parte de la erótica lesbiana es pornografía, y muchas veces dirigida a hombres (MacKinnon 1995a, 135). Sin duda es una afirmación poco acertada y nada matizada. Ofrece el mismo análisis y llega a las mismas conclusiones: las mujeres son siempre cosificadas y considera pornografía lésbica la pornografía hecha por y para el consumo de hombres heterosexuales donde intervienen mujeres teniendo relaciones sexuales.

El enfoque de esta autora muestra un evidente estancamiento en la permanente consideración de la mujeres como objetos, sin que haya una salida para esa situación, al menos no al alcance de las mujeres, pues para ello habría que esperar a que la sociedad en su conjunto cambiara, quizá a través de políticas estatales y legislación que tenga en cuenta la desigualdad (MacKinnon, 1995b, 435), es decir, dependerá en gran medida de la voluntad de los hombres y de lo que ellos estén dispuestos a modificar en la sociedad. Permanece dentro de la perspectiva inalterable heterosexual para analizar toda la realidad, también la lesbiana; poco importa que las mujeres tengan relaciones heterosexuales o lésbicas, porque son, desde esta mirada, siempre objetualizadas, ya sea por hombres o por mujeres. Wendy Brown es muy crítica con este planteamiento de MacKinnon ya que considera que no se abre a las diferencias y que, en varios aspectos, su discurso está cerca de la pornografía cosificadora que tanto critica (Brown, 2013, 143-146)

Distinta es la propuesta de Luisa Muraro. El siguiente fragmento pertenece a un texto publicado en 1990, pero la comunidad Diótima sigue muy activa en la actualidad bajo las mismas premisas, por lo que considero que puede ser interesante para lo que nos ocupa:

“La homosexualidad de Diótima es simbólica y, en cuanto tal, ni excluye ni incluye una homosexualidad literal. Mi idea es que la diversidad en los comportamientos sexuales, como todas las diferencias que nos distinguen, pueden convivir de modo no insulso, no de mera tolerancia, si las comprendemos bajo la primacía de la referencia a otra mujer. O sea, dentro del horizonte de la diferencia sexual.” (Muraro, 1996, 227)

Para el pensamiento y la práctica de la diferencia sexual italiana, del que forma parte Diótima y la Librería de Mujeres de Milán, la homosexualidad femenina, en un sentido literal y no simbólico, es una diversidad más que no tiene, por sí misma, capacidad política. En esta concepción, Muraro continúa, probablemente, la línea

ya marcada por el grupo de Carla Lonzi, Rivolta Femminile, que afirmó explícitamente en 1978 que el lesbianismo no es una posición política (1978, 176). Sí sería política para Muraro, sin embargo, la homosexualidad femenina simbólica. Esta homosexualidad simbólica no tendría el sentido de sororidad, porque la sororidad tiende a eludir el conflicto, y el conflicto es un aspecto fundamental en las propuestas políticas de Diótima; sería más bien contar siempre con una mediación femenina que nos ayude a interpretar el mundo de forma distinta, femenina, y dejar así de aceptar las explicaciones ya dadas por la cultura masculina. Es el corte de la diferencia, que abre la posibilidad de razonar y pensar de una manera distinta eliminando el menosprecio de lo femenino, el exceso de valoración de lo masculino y la consideración de que solo hay una interpretación posible de la realidad: la que la cultura masculina instaura.

Esta propuesta recuerda en parte al *continuum lesbiano* de Adrienne Rich (1980), pero solo en parte porque mientras el pensamiento y la práctica de la diferencia italiana no concede un carácter político y transformador al lesbianismo literal, Rich, sin embargo, sí que señala una existencia política de las lesbianas (1996, 14), aunque amplía esa capacidad de transformación a través de un *continuum* que implicaría a todas las mujeres en el acto de resistencia contra el acceso masculino a su cuerpo, y lo que esto conlleva. Es cierto que el *continuum* de Rich puede incorporar a todas las mujeres y no solo a las lesbianas, lo que debilita la apuesta por el lesbianismo, pero también lo es que difícilmente se puede obviar que lo haya querido llamar lesbiano, y que esto se pueda leer como un reconocimiento de las posibilidades políticas de una forma de relación y de existencia que rompe con lo establecido.

De cualquier modo, sin querer profundizar más en Rich y volviendo al pensamiento y la práctica de la diferencia italiana, en este feminismo el lesbianismo es algo que forma parte de la disparidad, como por ejemplo también lo es la clase social o la raza. No es, hay que advertir, una aceptación de la interseccionalidad, sino de la disparidad, porque hay una diferencia principal y más significativa que las demás, que es la de ser mujer, entendiendo por “mujer” una diferencia difícil de definir y delimitar por la imposibilidad de establecer límites claros entre lo biológico, lo psicológico, lo social, etc. Esto es, la diferencia sexual existe, y está dentro de nosotras (Muraro, 2015), aunque no sepamos muy bien cómo definirla ni delimitarla.

Los ejemplos anteriores son muestras de posiciones que consideran que el lesbianismo no tiene capacidad de transformación social. En el otro lado del debate estarían quienes reconocen en el lesbianismo una disidencia sexual que puede llevar a cabo cambios profundos en la sociedad porque atenta contra la base misma de las sociedades misóginas y sexistas: la familia heterosexual y patriarcal. Muchas autoras coinciden en señalar la familia heterosexual como el lugar en que se apoyan las justificaciones más habituales para que las mujeres renuncien a sus deseos, a su libertad y consientan llevar una vida que no quieren llevar para estar al servicio de las necesidades de los hombres.

Desde este otro punto de vista, el lesbianismo pone en evidencia que es posible relacionarse de otra manera, que hay alternativas a la familia tradicional, y que estas formas de vida tienen mucho que decir a la hora de proponer una sociedad menos opresiva y más libre, menos violenta y más respetuosa con las diferencias. Sería, pues, un elemento relevante dentro de los distintos aspectos que configuran a las mujeres, uno de los ejes en torno a los cuales se organizan y jerarquizan las diferencias, y su exclusión de la norma termina por marcar a la lesbiana como sujeto excéntrico

(Lauretis, 2000, 141 y 146), fuera del centro, en los márgenes, un lugar desde el que se puede hablar de otra manera, lejos de los discursos hegemónicos.

El lesbianismo sería relevante en los feminismos actuales que utilizan como herramienta de análisis la interseccionalidad y, claro está, en algunos feminismos *queer*. Sin embargo, quisiera mencionar otros feminismos actuales de los que se habla menos pero que igualmente consideran al lesbianismo como un elemento que permite análisis distintos y de interés para todas las mujeres, porque son relevantes para el movimiento feminista en general. Es decir, consideran que las experiencias que tienen las mujeres lesbianas serían interesantes para todas las mujeres, igual que lo son las experiencias de mujeres racializadas, migrantes o heterosexuales. Su propuesta es que estas diferencias deben mostrar sus lugares de análisis en igualdad de condiciones, sin jerarquías.

En esta línea de reconocer la relevancia del feminismo lesbiano (sin olvidar otros aspectos que afectan también a las mujeres, como la clase social, la raza o las condiciones materiales de vida) está el trabajo de Jules Falquet:

“También creo que el amor tiene que ver con que el conjunto de las mujeres en el mundo tengan un techo, comida y una vida digna, libre, sin explotación ni violencia. Esto debería ser la característica principal de nuestro ideal de amor lésbico feminista: un amor que no sea únicamente individual y personalizado, hacia un cierto número de mujeres, sino también colectivo, para nosotras mismas y para nuestra clase de sexo.” (Falquet, 2012, 77)

Esta autora considera relevantes para todas las mujeres, y para el feminismo en general, las experiencias que tienen las lesbianas y sus reflexiones. Es decir, no se trata de la defensa de unos intereses concretos ni de una parcialidad, sino de aceptar que el modelo de vida alternativo del lesbianismo conlleva una serie de aportaciones significativas para feminismo. Influida por Wittig, estima que las lesbianas son fugitivas de la sexualidad normativa heterosexual y del sistema social que este implica, por lo que su mirada sobre la realidad y las relaciones humanas es de enorme interés: fuera o en los márgenes del sistema. Son fugitivas que se relacionan con fugitivas, que establecen vínculos y maneras de vivir fuera de la norma (de la heteronormatividad), y que se abren a otras culturas y formas de convivencia que no son las occidentales (basadas en el capitalismo y la jerarquización).

Décadas antes Audre Lorde había defendido con notable lucidez la relevancia tanto del lesbianismo como de otras diferencias. Su reflexión es especialmente sugerente. Para Lorde, las diferencias no son un motivo de ruptura, todo lo contrario, porque lo que dificulta la convivencia, precisamente, es ocultar y creer que las diferencias son insignificantes, es decir, lo que motiva las dificultades no son las diferencias sino la forma en que se trata a las diferencias. Lejos de considerarlas un problema, para Lorde (2003, 117) son oportunidades para la creatividad, transformación y cambio. Sin embargo —denunció— lejos de tener esto en cuenta, muchas feministas continúan pensando que todas las mujeres sufren la misma opresión, y eso hace no solo que se pierdan de vista otros mecanismos de opresión que también afectan a las mujeres, sino que incluso las propias mujeres utilicen esos mecanismos de opresión unas contra otras (Lorde, 2003, 59).

Al incorporar otras diferencias significativas al análisis, estos planteamientos ponen en evidencia sociedades complejas en sus maneras de oprimir y marginar, que se

mezclan con formas de resistencia y creatividad, alejándose así de interpretaciones en las que se considera al lesbianismo una aberración o una desviación.

Por lo expuesto hasta ahora, se puede afirmar que las perspectivas de análisis respecto al lesbianismo que hemos visto en los textos de Anne Koedt y del grupo Radicalesbians continúan en la actualidad, aunque no de igual manera, evidentemente. Llama la atención que hoy persista el debate y se siga percibiendo alguna dificultad a la hora de hablar del lesbianismo en el feminismo, así como un cierto miedo a la ruptura cuando se habla de tener en cuenta las diferencias. Esa preocupación, como se ha indicado ya, estaba presente a finales de los años 60 y principios de los 70, aunque en aquel momento revelaba sobre todo exclusión y rechazo, lo que motivó la escritura del famoso manifiesto del grupo Radicalesbians (1971), en el que se denunciaba que se repetían hacia ellas los mismos mecanismos de menosprecio y expulsión que llevaban a cabo los hombres hacia las mujeres.

La ocultación de las diferencias o bien la vergüenza o miedo ante algunas de ellas no es una forma adecuada de mantener la unidad, más bien todo lo contrario, como ya indicó Lorde. Los análisis que consideran el lesbianismo como una elección privada o como algo sin alcance político quizá consigan proponer una concepción de un sujeto feminista con una cierta unidad y homogeneidad de intereses pero a cambio dejan fuera aspectos fundamentales de la vida de las personas que tienen relación con experiencias significativas y realmente valiosas. Dejar de lado estas experiencias y menospreciarlas, lejos de lograr aunar el movimiento feminista, provoca, precisamente, divisiones y rupturas.

4. Rupturas

Parece evidente que el rechazo social es algo a lo que se han tenido que enfrentar, en mayor o menor medida, según las circunstancias, las lesbianas también dentro del feminismo, y su manera de reaccionar ha sido diversa: desde no aceptar la exclusión, por ejemplo negándose a asumir la etiqueta o el nombre con el que se las desprecia por referirse solo a una faceta de su vida (sería una perspectiva humanista, en la que lo relevante es su condición de seres humanos, independientemente de la vida que lleven), hasta asumir la marca social y resignificar positivamente los aspectos peyorativos asignados a esta, transformándola así en una oportunidad para reivindicar la vida que se quiere vivir, los lazos sociales que se quieren establecer y una cultura que lo permita.

La desaprobación social constante provoca una sensación de soledad mucho más intensa de lo habitual, “esencial”, específica el manifiesto de Radicalesbians (1971, 81), y a veces la aceptación de la identidad atribuida puede servir también para elaborar la imagen de una colectividad, una comunidad que surge ante la necesidad de salir de esa soledad que provoca la exclusión, con la ilusión de establecer vínculos con otras personas excluidas por el mismo motivo, buscando de esta manera compañía, comprensión y afecto, en un intento de salir de esa soledad. Sin duda es una esperanza un tanto ingenua, pero en ocasiones se consigue. Se intentan establecer así espacios de confort, lugares en los que desarrollar una vida alternativa y unas relaciones habitables, incluso, satisfactorias. Una posibilidad también sugerida por este manifiesto.

La reapropiación y resignificación de una identidad en principio despreciada, es decir, en los márgenes, con la conciencia de que nunca se habitará el centro (lo que puede recordar en cierta medida al sujeto excéntrico de Lauretis), es un buen lugar para una posible interpretación de la lesbiana de Wittig. Desde lo insólito y lo anormal, la resignificación libre y creativa supone una necesidad: se requiere otra manera de vivir y establecer relaciones donde sus experiencias y prácticas tengan sentido y sean valoradas. En la proscripción está todo por hacer, están abiertas nuevas posibilidades, sin estructuras ni jerarquías controladas socialmente, sin identidades definidas de forma estricta y, al mismo tiempo, permanece la posibilidad de hablar reivindicando la universalidad, pues se trata de un ser humano hablando de lo humano. Desde aquí Wittig propone un cambio radical y una transformación completa de la sociedad con la figura de la lesbiana, que inaugura una libertad inesperada, surgida de la expulsión de la identidad de mujer y de la sociedad por ser una persona incorrecta, escandalosa e ininteligible.

La amenaza a lo establecido se torna esperanza de cambio. La lesbiana de Wittig, el sujeto excéntrico de Lauretis, así como las reflexiones de feministas postcoloniales que subrayan los problemas de las mujeres racializadas, representan perspectivas que valoran las diferencias, y muestran una cierta similitud entre ellas (Lauretis, 2001, 8), justamente la de no silenciar u ocultar las diferencias, sino mostrarlas; sin miedo a las posibles rupturas, pues la división no implica derrota sino posibilidad de pactos y acuerdos.

Es evidente que empecinarse en la unidad del movimiento feminista homologando todos los intereses, deseos y necesidades, y ocultando o expulsando lo que suponga un obstáculo para esa armonía ficticia puede provocar fracturas y enemistades. Es lo que ocurrió, precisamente, en la conocida ruptura descrita por Wittig cuando explicó lo que pasó en la importante revista francesa *Questions Féministes*, dirigida por Simone de Beauvoir. Wittig trabajaba en esa revista, aparece en el grupo de redacción en el número 4, aunque ya el número 2 (1978) de la revista publica un artículo suyo con el título “Un jour mon prince viendra”. La revista, afirma la propia Wittig (1983, 10), se publicaba gracias al trabajo conjunto de siete feministas, cinco lesbianas y dos heterosexuales, pero las dos mujeres heterosexuales estaban molestas por el protagonismo que estaba tomando el lesbianismo en la publicación y consiguieron echar de la revista a las cinco lesbianas. La debilidad de las lesbianas es tal que aun siendo mayoría consiguen echarlas de la revista con el argumento, denuncia Wittig, de que el lesbianismo es una particularidad y era preciso salvar la línea de la revista.

El desencuentro estalla con la publicación del conocido artículo de Wittig “El pensamiento heterosexual” (1980) en el número 7 de la revista. A continuación de dicho artículo, se publica otro, en el mismo número y en respuesta al de Wittig, que lleva por título “Hétérosexualité et féminisme”, de Emmanuèle de Lesseps (1980, 57). En el artículo de De Lesseps se habla de las mujeres heterofeministas y de la necesidad de hablar desde un punto de vista común a todas las mujeres: el heterofeminista. Para Wittig, con esta expresión, que no le gusta en absoluto, De Lesseps define a las heterofeministas como feministas que, teniendo la opción sexual que tengan, rechazan el lesbianismo como teoría política feminista (Wittig, 1983, 13). En una nota a pie de página, Wittig (1983, 45) afirma que ambos artículos, que aparecen en la revista uno a continuación del otro, presentan puntos de vista divergentes y están publicados de esta manera porque esperan otros artículos y comentarios en respuesta a estas dos posturas.

De Lesseps afirma que la perspectiva lesbiana es particular, por lo que le está vedada la universalidad teórica, es decir, el lesbianismo no puede exponer su punto de vista en el feminismo, lo único que se le permite hacer es apoyar los intereses “universales” de las mujeres heterosexuales (Wittig, 1983, 10), lo cual supone una exclusión del feminismo. El lesbianismo puede ser una opción posible, pero es un punto de vista parcial y, por ello, no es político. Wittig denuncia esta marginación, y la acepta. Dado que el rechazo hacia el lesbianismo es tan fuerte en el feminismo que no se valora lo que las lesbianas han hecho por los intereses de las mujeres heterosexuales (Wittig, 1983, 10), a Wittig no le queda más remedio que aceptar que el feminismo no es un lugar habitable para las lesbianas, y que “las cuestiones feministas no son cuestiones lesbianas”, jugando también con el nombre de la revista (lo que permite también contextualizar la rotunda afirmación de Wittig). Este número de la revista fue el último con el nombre de *Questions Feministes*, los siguientes números aparecieron como *Nouvelles Questions Feministes*. La ruptura se establece, dando la razón a Lorde, no por las diferencias sino por la forma de tratar estas diferencias, excluyéndolas, hurtando su posibilidad de hablar de lo humano, pues su “particularidad” impide que puedan hablar; su voz particular no puede superar su concreción, les está vedado hablar de lo universal. Las lesbianas no son seres humanos, son solo lesbianas, obviando que la existencia humana está llena de particularidades, concreciones, intereses y necesidades que constituyen la riqueza de la diversidad, y que toda esa diversidad puede hablar de lo humano desde su lugar particular.

Esta polémica entre Wittig y De Lesseps es interesante porque no solo revela lo inadecuado del trato a las diferencias sino también los obstáculos resultantes de la invención de un sujeto plano, sin fisuras, homogéneo, con las mismas necesidades e intereses. El sujeto homogéneo no varía, es estable y sólido, pero no es real y, sin embargo, consigue desplazar la diversidad real, expulsarla. El sujeto unitario se puede controlar más fácilmente, y dirigir sus esfuerzos hacia un lugar común, pero no da cabida a la multiplicidad de vidas, atiende a unas pocas, que se erigen en portavoces de un movimiento plural desatendiendo, precisamente, la pluralidad, llevando a cabo un ejercicio de exclusión, violencia, colonización y poder. Para De Lesseps el feminismo es heterofeminismo, ya que es el lugar desde el que se puede hablar de forma universal, sin embargo, los textos posteriores de Wittig muestran que el lesbianismo es un lugar privilegiado para el feminismo: las fugitivas de la heteronormatividad son las que pueden iniciar el camino del abandono de esa heteronormatividad tan dañina para las mujeres.

La crítica y la autocrítica, tan características del movimiento feminista, han hecho avanzar el debate hacia posturas más respetuosas con las diferencias, los enfrentamientos no son tan evidentes ni tan crudos, pero aún hay dificultades en el feminismo para acoger la disparidad y la multiplicidad, y hacerlo de forma que no repitan sesgos coloniales. En el presente trabajo se ha hecho hincapié en el lesbianismo pero existen también otras diferencias muy significativas, diferencias que muestran cuestiones universales que interesan a la humanidad, como por ejemplo las que revelan las aportaciones de las culturas no occidentales. En este sentido, Ochy Curiel nos invita a conocer los saberes del *Black Feminism*, del feminismo chicano, así como del afro e indígena latinoamericano para poder realizar un análisis más adecuado del complicado “entramado de poder de las sociedades poscoloniales, articulando categorías como la raza, la clase, el sexo y la sexualidad desde las prácticas políticas donde han

emergido interesantes teorías no sólo en el feminismo sino en las ciencias sociales en su conjunto“ (Curiel, 2007, 100). Y estos análisis, advierte Curiel (2007, 93 y 100) no pueden considerarse posicionamientos exóticos o meros testimonios, porque con ello se estaría reproduciendo una mirada colonial. El feminismo debería estar más atento para evitar realizar abusos de poder hacia sociedades o grupos que considera minoritarios o particulares.

En esta línea que denuncia Curiel, me gustaría mencionar también a Rita Laura Segato, asimismo muy crítica con la unidad del sujeto feminista y con la validez de los análisis europeos para todas las mujeres y culturas; una postura que se sigue defendiendo en la actualidad, aunque de forma menos rígida, insisto:

“Es universal, sin mayores diferencias, justificando, bajo esta bandera de unidad, la posibilidad de transmitir los avances de la modernidad en el campo de los derechos a las mujeres no-blancas, indígenas y negras de los continentes colonizados. Sustenta, así, una posición de superioridad moral de las mujeres europeas o eurocentradas, autorizándolas a intervenir con su misión civilizadora colonial/modernizadora.” (Segato 2016, 111)

Puede ser que esa colonización se realice sin consciencia de ello y sin mala intención pero el resultado es igualmente dañino y excluyente, tanto respecto a los análisis que se realizan sobre el lesbianismo como los que se hacen sobre otras formas de relación, por ejemplo poblaciones que no se rigen por la lógica capitalista. Contemplar una única manera de interpretar y pretender que valga para todo el mundo supone un ejercicio de colonización que no solo es inadecuado sino que puede ser más pernicioso de lo que en principio puede parecer, además de que genera una falsedad que se retroalimenta a sí misma y de la que es difícil salir.

El análisis de Segato es particularmente revelador al denunciar el alcance del daño que se puede ocasionar. Estos estudios “europeos” suelen ser utilizados en programas de intervención social que se ponen en marcha en países con sociedades muy distintas a las europeas. Se trata de investigaciones con métodos, argumentaciones y explicaciones ya establecidos, y eurocéntricos, que se implementan en sociedades no europeas. Es decir, poniendo un ejemplo concreto que denuncia Segato, los análisis eurocentristas sobre el género se sustentan en su propia concepción de los distintos espacios sociales y su jerarquización, pero es algo que no tiene por qué darse en todas las sociedades. Lo público, como sabemos, está vinculado a los hombres y lo privado a lo femenino, pero esto puede organizarse de una manera muy diversa, tan diversa como que no haya una diferenciación clara de ambos ámbitos o bien que no haya una jerarquía entre ellos.

“El discurso de la colonial modernidad, a pesar de mostrarse como igualitario, esconde en su interior, como muchas autoras feministas ya han señalado, un hiato jerárquico abisal, debido a lo que podríamos llamar tentativamente, totalización progresiva por la esfera pública o *totalitarismo de la esfera pública*.” (Segato, 2016, 114)

Los impulsos por modificar la asignación de esos espacios y la explicación del motivo por el que se interviene sobre ellos, lejos de beneficiar a las mujeres, las

puede humillar y desautorizar, al asignarles espacios que hasta ese momento no eran despreciados y que a partir de los análisis europeos pueden empezar a serlo.

“Cuando esa colonial modernidad se le aproxima al género de la aldea, lo modifica peligrosamente. Interviene la estructura de relaciones de la aldea, las captura y las reorganiza desde dentro, manteniendo la apariencia de continuidad pero transformando los sentidos, al introducir un orden ahora regido por normas diferentes.” (Segato, 2016, 113)

La escucha atenta de esas realidades, lo que tienen que aportar, sus diferencias, sus propios análisis y estructuras sociales serán las que permitan tener una idea más certera de lo que ocurre. Acudir con la estructura previa para todo tipo de realidad y forzar a que esta se adecúe no solo supone una colonización sino la elaboración de una gran falsedad que puede modificar la realidad, empeorándola.

Interesarse de forma seria por lo que las diferencias tienen que aportar y decir sería lo que podría dar lugar a un sujeto feminista fuerte, por real y vivo, no por unitario. La unidad solo sería posible a través de pactos y acuerdos para demandas concretas, en los que los puntos de vista de las personas que han permanecido en posiciones subalternas en las culturas y las sociedades deberían ser imprescindibles, pues solo así sería posible dejar de realizar ejercicios de colonización, e incorporar más elementos, formas de reflexión, lenguajes y estructuras de poblaciones no occidentales y de disidencias sexuales. Es algo que ya está sucediendo, pero lentamente, lo que hace que algunas polémicas sean demasiado duraderas y que el peligro de las rupturas, con las evidentes pérdidas, esté aún muy presente. El gran desafío del movimiento feminista no solo es transformar las sociedades para hacerlas más libres y justas sino asumir una manera de hacer política distinta en la que la disparidad y la falta de unidad sea considerada una riqueza en lugar de un problema. En esa transformación de la sociedad y de la subjetividad el lesbianismo es fundamental y tiene mucho que decir. La ruptura con lo establecido, la ausencia de normas prefijadas para las relaciones lesbianas, se convierte en una esperanza al propiciar la invención de nuevas formas de relación menos opresivas y más libres.

Referencias bibliográficas

- Brown, Wendy (2013). El espejo de la pornografía. En M^a. José Belbel Bullejos (Ed.): *Ezagutza feminista eta itzulpen politikak I. Conocimiento feminista y políticas de traducción I*. (pp. 131-155). Gipuzkoa: Arteleku.
- Friedan, Betty (1976). *It Changed My Life: Writings on the Women's Movement*. Cambridge: Harvard University Press.
- Curiel, Ochy (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas*, 26, 92-101.
- Falquet, Jules (2012). *De la cama a la calle: perspectivas teóricas lésbico-feministas*. Bogotá: Brecha lésbica.
- Koedt, Anne (1968). The Myth of the Vaginal Orgasm. *Notes from the First Year*. New York Radical Feminists, 11.
- (1970). The Myth of the Vaginal Orgasm. *Notes from the Second Year*. New York Radical Feminists, 37-41.

- (1971). Lesbianism and Feminism. *Notes from the Third Year*. New York Radical Feminists, 84-89.
- Lauretis, Teresa de (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y horas.
- (2001). *Cuando las lesbianas no éramos mujeres*. Córdoba: Bocavulvaria ediciones.
- Lesseps, Emmanuèle de (1983). Hétérosexualité et féminisme. *Questions Féministes*, 7, 55-69.
- Lorde, Audre (2003). *La hermana, la extranjera*. Madrid: Horas y horas.
- MacKinnon, Catharine A. (1995a). Does Sexuality Have a History? En Domna C. Stanton (Ed.): *Discourses of Sexuality From Aristotle to AIDS* (pp. 117-136). Michigan: University Michigan Press.
- (1995b). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Cátedra.
- Muraro, Luisa (1996). *Diótima comunidad*. En *Diótima: Traer al mundo el mundo. Objeto y objetividad a la luz de la diferencia sexual* (pp. 225-233). Barcelona: Icaria.
- (2015). La differenza sessuale c'è. È dentro di noi. *Corriere della sera*, 28 de marzo de 2015. Disponible en: http://27esimaora.corriere.it/articolo/la-differenza-sessuale-ce-e-dentro-di-noi/?refresh_ce-cp (consultado el 5 de abril de 2018).
- Radicalesbians (1971). The Woman Identified Woman. *Notes from the Third Year*. New York Radical Feminists, 81-84. [Traducción en castellano: Radicalesbians (2009). La mujer identificada con mujeres (1970). En Rafael M. Mérida Jiménez (Ed.): *Manifestos gays, lesbianos y queer. Testimonios de una lucha (1969-1994)* (pp. 75-82). Barcelona: Icaria.]
- Rich, Adrienne (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Duoda. Revista d'Estudis Feministes*, 11, 13-37.
- Rivolta Femminile (1978). Il lesbismo non è un'alternativa politica. *La presenza dell'uomo nel femminismo*. Marta Lonzi, Anna Jaquinta, Moderata Fonte y Carla Lonzi. Milán: Scritti di Rivolta Femminile, 9, 176-179.
- Segato, Rita Laura (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Vance, Carole S. (1989). El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad. En Carole S. Vance: Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina (selección de textos) (pp. 9-49). Madrid: Revolución.
- Wittig, Monique (1978). Un jour mon prince viendra. *Questions Féministes*, 2, 31-49.
- (1980). La pensée Straight. *Questions Féministes*, 7, 45-53. [Traducción en castellano: Wittig, Monique (2010). El pensamiento heterosexual. En *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (pp. 45-57). Madrid: Egales.]
- (1983). Les questions féministes ne sont pas des questions lesbiennes. *Amazones d'hier, lesbiennes d'aujourd'hui*, 2(1), 10-14.

